

DE CIDE HAMETE BENENGELI A SIDI EL HACH MOHAMMED BEN SUR EL NASIRY: LECCIONES CERVANTINAS DE AITA TETTAUEN

Hazel Gold

La publicación de *Aita Tettauen* en 1905 coincide con la celebración ese mismo año del tercer centenario de la primera parte del *Quijote*.¹ Con la redacción de numerosos volúmenes de homenaje y a través de actividades auspiciadas por las principales instituciones culturales, como la Real Academia Española, la Real Academia de la Historia y el Ateneo madrileño, la figura del gran escritor siglodeorista y su obra maestra fueron sometidas a interpretaciones bien diversas en el siglo nuevo. La falta de unanimidad por parte de la crítica erudita señala una escisión profunda entre el cervantismo oficial, “protagonizado, casi siempre, por la *gente vieja*”, y el quijotismo de la joven generación de escritores para quienes el enfoque en el personaje del hidalgo manchego representa, “junto a una nueva estética, una nueva filosofía de la vida y un nuevo concepto —o proyecto— de España” (Blasco, p. 120). En contraste con los que buscaron ensalzar la figura de Cervantes como símbolo glorioso de la patria en un momento de evidente extenuación, escritores como Unamuno y Azorín dotaron a don Quijote de un nuevo perfil: símbolo de la disidencia ante el statu quo, paladín vitalista y heterodoxo de la regeneración del país.

Cabe preguntar, pues, cómo y dónde se posiciona Galdós en este complicado panorama cultural en el que el cruce de distintas promociones de escritores pronto adquirió fama de conflictivo. Para evaluar lo que la plasmación de materiales cervantinos en *Aita Tettauen* aporta a este diálogo ruidoso debemos tener en cuenta dos hechos: la presencia de alusiones e intertextos cervantinos en todo el conjunto de las obras de Galdós y el significado de la fecha 1898 en la trayectoria galdosiana profesional. Esta novela hace uso de un gran repertorio de recursos —nombres, personajes, situaciones y estrategias narrativas— los cuales declaran sin lugar a dudas la gran deuda del autor para con la magna obra cervantina. La comparación explícita de Juan Santiuste con “un Don Quijote en la flor de su edad (veinticinco años), caballero en un Rocinante desmedrado por la mala vida más que por los años” (*Aita Tettauen* p. 60) y su percepción de Lucila como una dama labriega que “se le presentaba como Dulcinea del Toboso” (*AT*, p. 104), así como la revista que pasa don Bruno Carrasco (nótese el calco del apellido) a los periódicos contemporáneos (*AT*, p. 35) y la aparición de un narrador árabe engañoso, plantean una clara homología con la novela cervantina.² Compuesta pocos años después de la aventura malograda del 98, en esta ocasión la reinscripción galdosiana de su texto precursor adquiere un cariz fuertemente politizado. Análogamente a la exploración en los escritos de Cervantes de las cambiantes estructuras sociales, políticas y económicas del imperio habsburgo en el paso del siglo dieciséis al diecisiete, *Aita Tettauen* hace una autopsia de esa “remesa de imperialismo casero y modestito” (*AT*, p. 32) que es la guerra de Marruecos de 1859-1860, una guerra cuyas semejanzas con eventos mucho más recientes para Galdós son imposibles de perder de vista.

Ya es un tópico de la crítica decir que la sombra de Cervantes planea sobre los escritos galdosianos desde los comienzos de su producción. Si bien el tercer centenario de 1905

impulsó a una revalorización del papel histórico de Cervantes y el valor simbólico de su obra, Galdós ya había emprendido semejante indagación en pleno siglo diecinueve.³ Las referencias al *Quijote* como inspiración temática y modelo estructurante de su ficción pueden rastrearse fácilmente aun en sus obras más tempranas. Pensemos, por ejemplo, en el choque entre la imaginación desenfadada y la realidad empírica en la novela fantástica *La sombra*; o la confusión metaficticia de la vida con la lectura del folletín en el humorístico cuento “La novela en el tranvía”; o la transformación de Santorcaz, en *Bailén*, en una suerte de caballero andante que atraviesa alucinadamente los campos de la Mancha. Rodolfo Cardona ha notado que la carrera de Galdós, desde su inicio hasta su fin, está puntuada por la publicación de ensayos sobre Cervantes, desde su juvenil parodia “Un viaje redondo en torno al bachiller Sansón Carrasco” (1861) al tardío artículo titulado “El Toboso” (1915), una curiosa mezcla de recuerdos autobiográficos y una relectura de un episodio de la segunda parte del *Quijote* (“Cervantes y Galdós” especialmente pp. 189, 194, 205).⁴ De hecho, no puede ser más acertada la observación de Rubén Benítez que el *Quijote* es la metáfora intertextual más destacada en toda la producción galdosiana (p. 132; 159n14).

Por otra parte, la fecha 1898 tiene para Galdós una relevancia a la vez histórica y literario-biográfica. En ese año que marca la conclusión ruinosa de los esfuerzos españoles por suprimir la insurrección cubana, España sufre la derrota de sus fuerzas armadas a manos de los Estados Unidos en una guerra mal concebida y peor dirigida. Ante su vencimiento y la subsiguiente pérdida de todas sus restantes colonias (salvo Ceuta y Melilla) la estructura política de la Restauración es revelada ser una casa de naipes cuya retórica huera ya no la puede sustentar. Pero 1898 también representa el momento cuando Galdós vuelve a la composición de los *Episodios nacionales* después de un hiato de 20 años. ¿Por qué? Posiblemente, como algunos han especulado, por razones de exigencia económica; más seguramente, creo, por la oportunidad que le ofreció el cultivo del género de la novela histórica para reflexionar sobre los muchos problemas subyacentes al llamado “Desastre”: una crisis de liderazgo, la endémica corrupción política y una incipiente ruptura entre los intelectuales públicos y el poder del Estado español (Serrano, p. 94). Semejante reflexión, claro está, no es nada nuevo en Galdós; aun antes del fatídico año 98 Galdós había especulado imaginativamente sobre el futuro desarrollo problemático de su país en las “Novelas españolas contemporáneas”. Por lo que podemos decir que Galdós se ha adelantado doblemente a la intelectualidad finisecular: no sólo encarna la mentalidad crítica de un “noventayochista desencantado antes del 98” (Bly, pp. 119-20) sino que antecede por varias décadas el boom de estudios cervantinos fomentado por el tercer centenario. En los umbrales del nuevo siglo, el *Quijote* representa para Unamuno, Azorín, Maeztu y sus contemporáneos un auténtico descubrimiento; lo toman como punto de partida para desenvolver una nueva aproximación filosófica al problema de la identidad nacional. Para Galdós, este encuentro con las creaciones de Cervantes no es nada novedoso. *Aita Tettauen* tiene que verse como otro hito más en ese largo proceso creativo, iniciado con sus primeros escritos periodísticos y literarios, para entender y aplicar las lecciones de Cervantes a la novela realista y a la historia nacional.

El Cervantes que Galdós recupera en este *episodio* no es sólo el novelista innovador o el humorista festivo. Más que nada, es un observador, por turnos satírico y melancólico, que contempla la decrepitud de un vasto imperio transatlántico.⁵ Las confusiones identitarias que caracterizan los personajes cervantinos no son simplemente un reflejo estético de la epistemología barroca (es decir, la naturaleza y el conocimiento inciertos de una realidad que fluctúa entre el engaño y el desengaño), sino que son constitutivos de aquellos “sujetos contradictorios,” para usar el término de George Mariscal, que pueden eludir la vigilancia de

los poderes hegemónicos del Estado y la Inquisición. Apoyándose en disfraces y representaciones que crean una confusión carnavalesca de géneros, razas y creencias, el sujeto móvil retratado en las narrativas de Cervantes transgrede la Ley. Rehusando la interpelación a conformar, social y teológicamente, a un modelo de españolidad arraigado en la ideología católica de la Contrarreforma, los personajes cervantinos cruzan fronteras geográficas, nacionales y religiosas. Obras como el *Quijote*, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* y las *Novelas ejemplares* están pobladas de gitanos, indios, piratas franceses, renegados calabreses, moros y moriscos, además de travestidos e individuos que viven y viajan bajo identidades asumidas falsamente. Representan la otredad de figuras marginalizadas cuya hibridez cultural refuta el mito oficial de una nación homogénea (de Armas Wilson, p. 52). Éste es el Cervantes que Galdós recupera en *Aita Tettauen* cuando compone una novela que refracta a través de la óptica del conflicto marroquí de 1859-1860 la bancarrota militar y moral puesta al descubierto por los eventos históricos acaecidos al fin del siglo diecinueve y no tan desemejante del desmoronamiento imperial que vemos preludiado en la novela cervantina. Analizando la espinosa cuestión de la identidad nacional a través de personajes representativos de los hilos judío y musulmán con los que se tejió el pasado español, Galdós complica su narrativa con una serie de disimuladores que pasan por ser algo, o alguien, que no son en realidad. Como señala Barbara Fuchs en su estudio de textos cervantinos, el fenómeno de “pasar” presenta un reto a la formación de un sujeto normativo y así revela la ficción de una identidad nacional colectiva basada en la transparencia y la homogeneidad (Fuchs, p. 20). En contraste con personajes como Rosalía Bringas o Isidora Rufete en las “Novelas españolas contemporáneas”, cuyas tentativas por pasar se basan en un performance imitativo de clase social, en *Aita Tettauen* tanto los personajes principales como los secundarios llevan vidas dobles que, justamente como en Cervantes, confunden su identidad étnica y religiosa. Gonzalo Ansúrez se enmascara como el próspero marroquí, el Nasiry; Torres se presenta como un renegado muslim, el Gazel; Juan Santiuste se transforma sucesivamente en Yahia o Juan el Pacificador. Estos casos de hibridez —españoles que pasan por africanos, cristianos que pretenden vivir como musulmanes—⁶ ejemplifican la contingencia de formas sociales, algo que Galdós ya había señalado en las “Novelas españolas contemporáneas”, a la vez que desestabilizan la definición de quién y cómo es el sujeto español.

Aita Tettauen, la sexta novela de la cuarta serie de *Episodios*, se divide en cuatro partes que ofrecen un recuento multiperspectivista —muy a lo cervantino— de la historia de Santiuste, un personaje extravagante cuyas acciones y palabras a la vez parecen “resplandores divinos” y “disparates manifiestos”. La primera parte, relatada por un irónico narrador omnisciente que se describe como “historiador”, tiene lugar en Madrid durante octubre y noviembre de 1859 en el seno de la familia de Lucila Ansúrez y su marido Vicente Halconero. Cuenta la declaración de hostilidades de O’Donnell contra Marruecos y el fervor patriótico del pueblo, una alusión obvia al entusiasmo de los españoles ante los preparativos para la guerra norteamericana: “nadie dudaba del triunfo” (AT, p. 33). Esperando ver que “España entraría en Marruecos por una punta y saldría por otra, no dejando títere ni moro con cabeza en todo el imperio” (AT, p. 13), muchos españoles se prestan al juvenil entusiasmo personificado por el joven Vicentito Halconero. La demostración más exagerada de sentimiento patriótico, sin embargo, pertenece a Juan Santiuste quien, según nos recuerda Lucila, “es loco” (AT, p. 20). Mientras Jerónimo Ansúrez, maravillado de la sagacidad política de O’Donnell, se pregunta si será efectivo como general en jefe del ejército español en Marruecos, Santiuste no puede ver en su campaña militar sino el renacimiento de la grandeza histórica encarnada en los diseños imperiales de antaño:

¡Qué gloria ver resucitado en nuestra época el soldado de Castilla, el castellano Cid, verle junto a nosotros y tocar con nuestra mano la suya... Vemos en manos del valiente O'Donnell la cruz de Las Navas, y en manos de los otros caudillos la espada de Cortés, el mandoble de Pizarro y el bastón glorioso del Gran Capitán. Las sombras augustas del Emperador Carlos V y del gran Cisneros nos hablan desde los negros muros de Túnez y de Orán. La epopeya, que habíamos relegado al Romancero, vuelve a nosotros trayendo de la mano la figura de aquella excelsa y santa Reina... que nos señaló el África como remate y complemento del solar español... (AT, p. 24)

Santiuste concluye su perorata anunciando “Del Pirineo al Atlas, todo será España” (AT, p. 24).

El mismo narrador-cronista relata la segunda parte de la novela, que cubre el período desde noviembre de 1859 a enero de 1860 y describe la embarcación de las tropas españolas de Cádiz y la llegada de Santiuste a Ceuta. En su papel de reportero del conflicto marroquí acompaña a las tropas en su marcha hacia el valle de Tetuán. Observando de primera mano las consecuencias mortales del encuentro de los soldados españoles con los árabes, este “poeta militar” convertido en “desengañado poeta” y “extenuado cronista” se topa con su colega Pedro Antonio de Alarcón, autor del *Diario de un testigo de la guerra de África* y la personificación de un nacionalismo belicoso e irreflexivo. Santiuste adopta una posición mucho más moderada: “Mi misión aquí no es hacer la historia, sino contarla. Soy español de paz, por no decir moro de paz” (AT, p. 61). De este modo comienza la transformación de Santiuste, ya prefigurada en la primera parte de la novela. En Madrid cuando estalla la guerra, Jerónimo Ansúrez había afirmado que “el moro y el español son más hermanos de lo que parece. Quiten un poco de religión, quiten otro poco de lengua, y el parentesco y aire de familia saltan a los ojos. ¿Qué es el moro más que un español mahometano? ¿Y cuántos españoles vemos que son moros con disfraz de cristianos?” (AT, p. 13). Para don Jerónimo, “esta guerra que emprendemos es un poquito guerra civil”; el abismo entre un vasco que lucha por el carlismo y un andaluz que se sacrifica en la trampa colocada para los liberales Torrijos y González Moreno es más grande que el que existe entre “el malagueño y el berberisco que ahora van a pelearse por una brizna de honor” (AT, p. 14). En la segunda parte de la novela, cuando Tetuán cae en manos de los españoles, el delirante Santiuste, como ya lo había soñado antes, se viste de ropa al estilo árabe. Llamándose ahora Juan el Pacificador, entra a la ciudad donde se encuentra con quienes simbolizan un resto superviviente del pasado español, a saber, la comunidad sefardita que sigue hablando la lengua judeo-española.

La parte tercera de *Aita Tettauen* reemplaza al narrador omnisciente con las cartas escritas por Sidi el Hach Mohammed ben Sur el Nasiry a su mecenas Sidi el Hach Mohammed ben Iaher el Zebdy. El Nasiry explica sus objetivos —“[esta guerra] se refiere con verdad y estimación natural de todos los hechos presenciados por el narrador” (AT, p. 119)— aunque al declarar que los musulmanes son victoriosos contradice todo lo referido en la parte segunda sobre el éxito militar de los españoles. Cervantes ya había preparado a los lectores galdosianos para este giro narrativo cuando elaboró la paradoja irresoluble de Cide Hamete Benengeli; Benengeli insiste que su historia es verdadera pero el narrador-transcriptor, que halla su manuscrito y lo hace traducir del árabe al castellano, mantiene que los árabes son todos mentirosos. En *Aita Tettauen* Galdós complica aún más este juego cervantino: el Nasiry es en realidad Gonzalo Ansúrez, quien ha vivido largos años en Tetuán con sus tres mujeres dedicándose a un negocio próspero y llevando una vida pública como hombre principal de la comunidad musulmana. La supuesta sinceridad del Nasiry cuando escribe a su protector el

Zebdy y la aparente autenticidad estilística de sus cartas contrastan con el retrato mucho más ambiguo pintado por Vicentito Halconero de su tío en la primera parte: “Tú sabrás si se hizo mahometano de verdad, o de comedia, con el aquel de sonsacar los secretos de la morería y contárselo todo al Gobierno español” (AT, p. 15). Aunque herido y delirante, Santiuste tiene uno de esos momentos privilegiados de lucidez que gozan los cuerdo-locos; viendo más allá del disfraz del Nasiry, proclama el aparente desatino que “Tú no quieres la guerra, ni bajarás con arma homicida al campo de O’Donnell, porque en el campo de O’Donnell está tu hermano” (AT, p. 132). Y es así, porque su hermano, Leoncio Ansúrez, de hecho es miembro del ejército regular. Los capítulos finales de esta sección narran las pérdidas sufridas por las fuerzas marroquíes, el colapso del orden civil (con repercusiones especialmente violentas en el barrio judío de Tetuán) y los amores entre “el mentiroso profeta Yahia”, como el Nasiry le llama a Santiuste, y Yohar la judía.

En la cuarta y última parte de la novela, situada en Tetuán durante enero y febrero de 1860, el narrador omnisciente vuelve para completar su historia de la ocupación española de la ciudad y continúa refiriendo la aventura de Santiuste y Yohar. La novela concluye en el momento en que el Nasiry le confiesa a Santiuste su engaño, pidiéndole que guarde su secreto porque está maldispuesto a renunciar la posición que ha ganado en la sociedad marroquí a fuerza de su “cabal asimilación del islamismo por el lado religioso, por el civil y moral” (AT, p. 203). El simulado renegado confiesa, paradójicamente, que a estas alturas “no puedo renegar de mi estado” (AT, p. 201).

A pesar de los argumentos avanzados por algunos lectores de esta obra,⁷ no estoy persuadida de que con la resolución de *Aita Tettauen* Galdós siga creyendo en la posibilidad de una síntesis o reconciliación armoniosa entre los diversos sujetos religiosos, étnicos o lingüísticos que integran la nación española, hasta si llega a reinar una paz oficial. Ningún personaje se presenta enteramente solidario con el ideal de una confraternidad de pueblos cuyas diferencias han sido borradas y que viven juntos bajo una sola bandera nacional. Por muy enamorado que esté el quijotesco Santiuste de la judía Yohar, rechaza la conversión requerida para casarse con ella. El mismo Gonzalo Ansúrez, aunque no abandona su travestismo cultural y sigue pasando por su nombre asumido el Nasiry, no vacila en criticar las leyes de su patria adoptiva y la barbarie fanática de su patrocinador el Zebdy. Aunque su propia casa se ha vuelto un “refugio maternal” para moros, cristianos y judíos, se da cuenta de que no es fácil que esta clase de coexistencia pacífica se logre en un Marruecos gobernado por España: “conquista personal es lo que yo he realizado, y no hay otra manera de penetrar en esta salvaje familia. Los españoles no imitarán en conjunto mi obra, y por no imitarme no serán nunca dueños de Marruecos, a pesar de estas guerras y de estas batallitas vistosas” (AT, p. 203).

A la vez que deja que sus personajes confundan las categorizaciones rígidas de nacionalidad, raza y religión, Galdós en *Aita Tettauen* arguye por el necesario reconocimiento de la diferencia: no sólo el papel que ha desempeñado en el pasado de la nación sino también la función que puede seguir jugando ahora y en el futuro. La visión de Galdós es a mi ver tanto más significativa cuanto que los escritores e intelectuales de 1898, por fuerte que sea su condena del marasmo actual, en realidad no sometieron a una revisión crítica el concepto de lo que es la nación española. Como ha observado Eduardo Subirats:

Ninguno de los grandes nombres asociados con la crisis de 1898 cuestionó los valores generados a partir de la expansión imperial del cristianismo de Granada a Tenoxtitlán y Cuzco. Por el contrario,... autores tan diversos como Menéndez Pelayo, Ganivet,

Valera, Unamuno u Ortega resucitaron, con sólo variaciones tonales, los valores fundamentales del nacionalismo católico de 1492... El quijotismo fue elevado a mito nacionalizador” (Subirats, p. 327).

Rodeado por un ambiente intelectual en el que se reforzaron “los usos castizos de la lengua y los mitos de identidad nacional” (Subirats, p. 334), Galdós ofrece por el contrario una alternativa pluralista, como otrora encontramos en las narrativas cervantinas. El narrador principal nota que O’Donnell, imitando a Napoleón III, pensaba en su campaña militar al norte de África como “un medio de integración de la nacionalidad” (AT, p. 32). La verdad, sin embargo, es otra; la invasión de Marruecos puso en contacto a sefardíes, musulmanes y católicos sin lograr jamás su amalgamación; más bien subrayó su disgregación. La expedición africana recreada en *Aita Tettauen* refleja una España heterogénea cuya política extranjera e interior sigue montándose sobre una definición exclusivista y excluyente de la identidad nacional que, en fin de cuentas, nunca puede hacerse realidad. Seguramente Cervantes se habría divertido muchísimo de esta tremenda ironía galdosiana.

BIBLIOGRAFÍA

- BENÍTEZ, R., *Cervantes en Galdós (Literatura e intertextualidad)*, 1990, Murcia, Universidad de Murcia.
- BERKOWITZ, H. C., "The Youthful Writings of Pérez Galdós", 1933, *Hispanic Review* 1, pp. 91-121.
- BLASCO, J., "El *Quijote* de 1905 (apuntes sobre el quijotismo finisecular)", 1989, *Anthropos* 98-99, pp. 120-4.
- BLY, P. A., "Benito Pérez Galdós: noventayochista desencantado antes del 98." *El camino hacia el 98 (Los escritores de la Restauración y la crisis del fin de siglo)*. Ed. Leonardo Romero Tobar. 1998, Madrid, Visor, pp. 117-38.
- BOO, M. L., "Suplemento de *Las cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa" de Buenos Aires.*" *Anales Galdosianos* 17, 1982, pp. 117-23.
- CARDONA, R., "Cervantes y Galdós", 1974, *Letras de Deusto* 4.8, pp. 189-205.
- "Un olvidado texto de Galdós", 1968, *Anales Galdosianos* 3, pp. 151-61.
- COHEN, S. E., "Christians, Jews, and Moors: Galdós' Search for Values in *Aita Tettauen* and *Carlos VI, en la Rápita*", 1975, *Symposium* 29, pp. 84-102.
- FUCHS, B., *Passing for Spain: Cervantes and the Fictions of Identity*. 2003, Urbana y Chicago, University of Illinois Press.
- GOLDMAN, P. B., "Galdós and Cervantes: Two Articles and a Fragment", 1971, *Anales Galdosianos* 6, pp. 99-106.
- MARISCAL, G., *Contradictory Subjects: Quevedo, Cervantes, and Seventeenth-Century Spanish Culture*. 1991, Ithaca, Cornell University Press.
- MONTERO REGUERA, J., "Aproximaciones al *Quijote* decimonónico." *Lectures d'une oeuvre: Don Quichotte de Cervantes*. Ed. Jean-Pierre Sánchez. 2001, París, Éditions du Temps, pp. 11-24.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Aita Tettauen*. 1979, Madrid, Alianza.
- ROMERO TOBAR, L., "El Cervantes del XIX", 1989, *Anthropos* 98-99, pp. 116-9.
- SCHRAIBMAN, J., "El tema judío en la 'Generación del 98.'" *Los judíos en la España contemporánea: Historia y visiones, 1898-1998*. Ed. Uriel Macías, Yolanda Moreno Koch y Ricardo Izquierdo Benito. 2000, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 61-72.
- SERRANO, C., "Los 'intelectuales' en 1900: ¿Ensayo general?" *1900 en España*. Ed. Serge Salaün y Carlos Serrano. Trad. María Concepción Martín Montero. 1991, Madrid, Espasa Calpe, pp. 85-106.
- SORIA, F., "El asociacionismo cultural durante la segunda mitad del siglo XIX." *Historia de la literatura española. Siglo XIX (II)*. Ed. Víctor García de la Concha. 1998, Madrid, Espasa Calpe, pp. 73-89.
- SUBIRATS, E., "La reforma de la memoria histórica de España." *Los judíos en la España contemporánea: Historia y visiones, 1898-1998*. Ed. Uriel Macías, Yolanda Moreno Koch y Eduardo Izquierdo Benito. 2000, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 325-36.
- WELSH, A., "The Influence of Cervantes." *The Cambridge Companion to Cervantes*. Ed. Anthony J. Cascardi. 2002, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 80-99.

WILSON, D. de A., "Where Does the Novel Rise? Cultural Hybrids and Cervantine Heresies" *Cervantes and His Postmodern Constituencies*. Ed. Anne J. Cruz y Carroll B. Johnson. 1999, New Cork, Garland, pp. 43-67.

NOTAS

- ¹ Galdós dedicó los meses entre octubre de 1904 y enero de 1905 a la composición de *Aita Tettauen*. Los preparativos para la conmemoración del *Quijote*, oficialmente celebrada del 7 al 9 de mayo de 1905, habían empezado ya en 1903, espoleados por un artículo de Mariano de Cavia en *El Imparcial* en que conceptuó tal celebración como una “fiesta fraternal” que estrechara los lazos entre España y Latinoamérica. Para una descripción de las actividades y tributos patrocinados por el gobierno, véase Soria pp. 88-89. En una carta a Francisco Grandmontagne, publicada en *La Prensa* (Buenos Aires) el 9 de mayo de 1905, Galdós efectivamente celebró la universalidad del *Quijote* para todo el mundo hispanohablante, elogiándolo como parte de “la evolución vital del saber y del sentir pan-hispánico” (citado en Boo, p. 123).
- ² Welsh comenta que la influencia de Cervantes sobre la literatura posterior puede manifestarse en dos recursos manejados por los autores: el héroe quijotesco o el método cervantino de narrar. Raras veces, dice Welsh, aparecen los dos en un solo texto: “In truth, allegiances to the method and to the hero have generally been divided, as novelists and their critics have been engaged with the formal and philosophical problems of realism or with justice... Only very exceptional novels, original in their own right, draw upon both lessons from Cervantes” (p. 80). La originalidad de *Aita Tettauen* en parte se basa en el hecho que Galdós incorpora ambas facetas a su texto.
- ³ Galdós no es el único novelista de su promoción que recurre al *Quijote* aunque sí el que mayor provecho saca de sus lecturas de Cervantes. Sobre la trascendencia del *Quijote* para todo el siglo diecinueve, véase los estudios de Montero Reguera y Romero Tobar.
- ⁴ En su artículo “Cervantes y Galdós” Cardona discute detenidamente el ensayo galdosiano “El aniversario de Cervantes (1616-1868)”, publicado por primera vez el 23 de abril de 1868 en *La Nación* y reimpresso con sólo unos pequeños cambios en *Vida nueva* en 1898. El texto completo de este ensayo y de otro más breve, “La patria de Cervantes”, que apareció sin firma en *La Nación* el 24 de abril de 1868, han sido recogidos en Goldman, “Galdós and Cervantes: Two Articles and a Fragment”. Asimismo se puede consultar el texto íntegro de “Un viaje redondo en torno al bachiller Sansón Carrasco” en Berkowitz, “The Youthful Writings of Pérez Galdós”. Cardona reproduce el tardío artículo “El Toboso”, junto con relevante correspondencia personal dirigida al escritor canario, en “Un olvidado texto de Galdós”.
- ⁵ En su artículo “El aniversario de la muerte de Cervantes (1616-1868)” Galdós recuerda: “A la muerte de Cervantes la decadencia era ya tan notoria, que la conocían casi todos los escritores sensatos de la época, aunque pocos la manifestaban. En 1616, todos los espíritus observadores e imparciales comprendían nuestra ruina, ruina pronta...” (citado en Goldman, p. 101).
- ⁶ Debe señalarse que en el próximo episodio de la cuarta serie, *Carlos VI en la Rápita*, Santiuste se disfraza también de judío.
- ⁷ Véase, por ejemplo, la defensa del ecumenismo utópico galdosiano en los estudios de Schraibman y Cohen. En su análisis Cohen asevera que la lección de esta novela es que sólo se realizará una época de paz y amor cuando se superen las lealtades fanáticas a los sistemas políticos y religiosos, cuando todos —moros, cristianos y judíos— vivan juntos bajo una moral omnicomprensiva. La siguiente cita de Schraibman tipifica esta posición crítica: “Galdós traça al español colonizando, al moro defendiéndose, y al judío en el medio. Y, estos textos demuestran que Galdós opta por una paz informada. Hay varias referencias a castas, y a la necesidad de eliminarlas por fin... Y es por ello que Galdós juega con la identidad de los personajes disfrazándolos, y cambiándolos para eliminar las diferencias de casta y patria. La enseñanza de Galdós es parecida a las reveladoras palabras de don Américo” (p. 68). No hay duda de que esta visión reconciliadora atribuida a Galdós sigue muy de cerca el concepto de una convivencia ideal expuesta por Américo Castro. Pero esto es olvidar que en *Aita Tettauen* no se establece un paralelo entre la guerra de Marruecos y un lejano medioevo caracterizado por la coexistencia pacífica de sus habitantes diversos. Al contrario, Galdós esboza un paralelo entre dos campañas imperiales —la del siglo dieciséis al diecisiete y la de 1859-1860 (y, por extensión, la aventura colonial todavía más patética de 1898).